

## Reflexión liminar Sobre la noción “ética del posdesarrollo”

Desde la década de los 1980, se comenzó a plantear la necesidad de una “teoría del desarrollo no etnocéntrica” (Wiarda, 1985). Las representaciones “occidentales” del mundo ideal o de la sociedad justa experimentaban desde entonces una crisis profunda tanto en la práctica (con la irrupción de las revoluciones islamistas) como en la teoría (las ciencias sociales occidentales se hacían cada vez más críticas de su eurocentrismo). Esta reflexión liminar no es el lugar para explicar por qué se verificaba este fenómeno, ni cuánto colaboraron pensamientos alternativos como la filosofía y la teología de la liberación (ver Gasper, 2008), sino sencillamente la ocasión para registrar el cambio de sensibilidad y plantear la pertinencia de la reflexión sobre el tema que nos ocupa para la búsqueda de una sociedad más justa y solidaria a escala planetaria.

En pocas palabras, el eurocentrismo viene siendo cuestionado radicalmente desde hace unas tres décadas en las indagaciones sobre *el desarrollo*, pues las actividades asociadas a este se contaban entre los principales vehículos de la visión moderno-occidental del mundo, una visión que convertía al universo en *mero objeto* (en *res extensa* entregada a una *res cogitans* todopoderosa)<sup>5</sup> y que llevaba a considerar a las poblaciones no europeas como “poblaciones atrasadas” o “subdesarrolladas” (es decir, humanamente deficientes).

Como reacción, ha ganado cuerpo progresivamente –tanto en la esfera pública como en el ámbito académico– el deseo de tomar en consideración al mundo en su gran variedad, no solo las visiones de la sociedad moderna asociadas a los ordenamientos alcanzados por los Estados centroeuropeos y norteamericanos. Sin embargo, el recurso a otras tradiciones ha querido hacerse evitando apelaciones románticas a pasados culturales que supuestamente no tienen vigencia, ni siquiera en las culturas ancestrales orientales o de Oceanía (Curry, 2003; Bretón 2013). Samuel P. Huntington ya conversaba desde fines de la década

---

5 Ver en ese sentido, Machado (2010).

de los 1970 con sus amigos científicos sociales que “el estudio de las tradiciones y modelos culturales, locales, indígenas, y nativos, podían constituir la onda de futuro de las ciencias sociales” (Wiarda, 1985, p. 76). La pregunta se formulaba entonces más o menos así: ¿cómo tender un puente entre un saber ancestral y el saber científico-social? He ahí una cuestión que quedaba pendiente en los primeros balbuceos sobre la problemática. Ciertamente, la respuesta que el propio Hungtinton dio posteriormente con su tesis de un “choque de civilizaciones” no satisfizo a los que querían una visión no eurocéntrica de lo que acontece en el planeta, llegando a interpretarse dicha tesis como “un choque de las ignorancias” (Saïd, 2002).

En la década de los 1990 la búsqueda científico-social que pretendía ir más allá del desarrollo occidental se intensificó. Concretamente, comenzó una corriente crítica de las nociones de modernización y desarrollo. La criticidad vino, como era de esperarse, desde las mismas ciencias sociales que tematizaron originalmente la problemática. Con mucha frecuencia, estas críticas se organizaron en torno al término “posdesarrollo” (Escobar, 1992; 2000a; 2005b; 2007; Rahnema & Bawtree, eds., 1997; Esteva, 1998; Nederveen Pieterse, 2000; Rist, 2002; Curry, 2003; Ziai, 2007); pero también en torno a la noción de “ética del desarrollo” (Crocker, 1991; Qizilbash, 1998; 2007; Goulet, 2000; Gasper, 2011; 2012). Ambas posiciones siguen vigentes hasta nuestros días (Hidalgo Capitán, 2012).

Los autores posdesarrollistas sostienen que la división del mundo en países desarrollados y subdesarrollados es una construcción intelectual de la realidad mundial por medio del discurso (Hidalgo-Capitán, 2012, p. 2284). Muchos de los enunciados con los que hoy se juzga la situación mundial constituyen un modo de representación de la realidad del mundo que está atravesado por el eurocentrismo y por la voluntad de “subalternizar” sujetos y pueblos de la periferia capitalista, así como sus prácticas y saberes propios, con el objetivo de ejercer un dominio más efectivo sobre ellos (Spivak, 1988). Al afirmarse que determinados estilos de vida son desarrollados y otros subdesarrollados o “en vías de desarrollo”, los posdesarrollistas entienden que se refuerza un constructo sociológico plagado de intereses. A través de esta

representación social del mundo entero, se confirma la superioridad de determinadas formas socioculturales sobre otras en el contexto de la globalización capitalista.

Los posdesarrollistas también entablan una desconstrucción histórica de la noción de desarrollo como inseparable de la noción de subdesarrollo. En este punto retoman la bandera de la teoría de la dependencia. Cuando se ha repetido en las últimas décadas del siglo XX que los países subdesarrollados deben seguir el ejemplo de los desarrollados, en realidad se estaban *transportando estilos de vida* en nombre de un canon económico y políticamente interesado. Este carácter canónico de un determinado estilo de vida permitió la constitución de un grupo de expertos en el desarrollo que se convertían en los consejeros políticos y económicos de los países en desarrollo. En términos generales, entrar en la senda del desarrollo demandaba a los llamados países subdesarrollados renunciar a sus propios estilos de vida y olvidarse de los conocimientos tradicionales de los diversos grupos indígenas que ahora formaban parte de un Estado nación pretendidamente moderno.

Sobre este análisis de las prácticas de la cooperación al desarrollo, los posdesarrollistas llegan a afirmar que “la era del desarrollo llega a su fin” y que se está abriendo paso una “era del posdesarrollo”. En esta nueva etapa histórica, el desarrollo dejaría de ser el eje organizador de la vida en sociedad. Los pueblos de África, Asia, Oceanía y América Latina no tendrían que verse obligados a imitar los estilos de vida de los llamados países desarrollados (europeos y norteamericanos), sino desafiados a buscar en sus propias culturas y formas de vida las mediaciones que les permitirían alcanzar sus propias aspiraciones en el momento histórico actual. En ese sentido, los posdesarrollistas están convencidos de que esta vía ayudará a construir un planeta más humano y ecológicamente sostenible.

En resumen, las críticas posdesarrollistas al desarrollo tienen varios puntos en común. Todas han criticado los reduccionismos que promovían las teorías de la modernización y el estructuralismo funcionalista en el marco del capitalismo económico, un régimen social que ahora alcanza a todo el planeta de una manera nunca antes vista.

Para los posdesarrollistas, estos sistemas explicativos de la sociedad contemporánea ponían énfasis en conceptos que se consideraban típicamente occidentales y presuponían una visión determinada de racionalidad. Las críticas posdesarrollistas han entendido además que dichas teorías explicativas no pueden seguir presentándose como universales y que se hace necesaria la búsqueda de otros modos de pensar y de comprender el mundo.

El posdesarrollo, *como discurso*, difiere en un punto esencial de las críticas anteriores a las teorías del desarrollo. Para el discurso del posdesarrollo hay que *salir de una vez por todas del mundo de representación social que gira en torno a la noción misma de desarrollo*, pues este horizonte de comprensión aniquila la posibilidad de que emerjan en el espacio público mundial otros imaginarios económicos. En una palabra, la solución vislumbrada por los pensadores posdesarrollistas es *el rechazo radical y total del desarrollo y la creación de nuevas vías de pensar sobre y a partir de “el Sur”* (Escobar, 2000b; Nederveen Pieterse, 2000; Ziai, 2013).

Encontramos una reflexión precursora sobre posdesarrollo en un texto del economista indio Sugata Dasgupta (1986) publicado a mitad de los años 1980. Desde la experiencia de la India, Dasgupta anunciaba la irrupción de una “era del post-desarrollo” describiendo la coyuntura histórica de entonces con estos términos:

El logro de la independencia política fue hace un tiempo la preocupación central de los pueblos del Tercer Mundo. Ahora ha tomado su lugar un afán por el desarrollo que consume todas las energías. Líderes de poblados y comunidades, de gobiernos y países, burocracias, tecnócratas, organizaciones voluntarias, agencias internacionales, y una serie de ricas corporaciones multinacionales están invirtiendo en estos momentos todas sus energías en el desarrollo. La preocupación principal (o al menos, la declarada) de todos estos grupos era la de implementar tales planes de bienestar y desarrollo, convencidos de que los mismos crearían suficiente riqueza en el mundo de tal manera que se podría erradicar la pobreza dondequiera que existiera.

Pero la pobreza en realidad ha crecido en las últimas décadas (...) No existe duda de que el “desarrollo” no ha producido los resultados deseados (Dasgupta, 1986, p. 1; traducción propia).

La narración de Dasgupta nos habla de un contexto histórico no tan lejano, pero quizá relativamente olvidado en muchas de las discusiones actuales del desarrollo. El desarrollo, como práctica social, formaba parte entonces de un proceso de redefinición de las relaciones coloniales. Prometía una solución a lo que en buena medida las mismas relaciones coloniales habían causado: pobreza y exclusión social. En efecto, las colonias europeas ostentaban unas economías prósperas, pero sometían a las poblaciones locales a tratos denigrantes y a la explotación económica, violando principios básicos de los derechos humanos que, al mismo tiempo, sus metrópolis propugnaban como ideal de ciudadanía para sus nacionales. Frecuentemente esta explotación de las poblaciones coloniales se sustentaba en discursos racistas. El desarrollo aparecía en la India de mitad de los 1980s con la promesa de acabar de saldar esta deuda colonial; pero Dasgupta señala que la promesa del desarrollo no fue cumplida. *Vino el desarrollo*, pero las poblaciones de las antiguas colonias siguieron hundidas en la pobreza. Hoy día, la historia contada por Dasgupta parece repetirse a escala latinoamericana (Filgueira, 2009; Trigo, 2013, pp. 283-321; Quijano, 2014, p. 849).

La historia del posdesarrollo como cuestionamiento radical de la historia del desarrollo no acaba aquí. En los debates académicos sobre el posdesarrollo se cayó pronto en la cuenta de que el rechazo tajante de la idea misma de desarrollo resultaba paradójico por dos razones (Curry, 2003). En primer lugar, nacía esta pregunta: la negación de toda idea de desarrollo, ¿no implica necesariamente negar la posibilidad de lograr cualquier mejora en campos como la salud, la educación o el confort material? En segundo lugar, se discutía dentro de la comunidad científica (en un registro epistemológico inevitablemente hermenéutico), si los pensadores posdesarrollistas no estaban realizando una *esencialización del desarrollo* igual a la que ellos mismos denunciaban en los abanderados del desarrollo. Es

decir, el retrato del desarrollo delineado por los posdesarrollistas era totalmente homogéneo; según estos, *el mismo desarrollo* se encontraría reiterativamente por todas partes en el mundo (Nederveen Pieterse, 2000; Corbridge 1998a).

Posiblemente ha sido S. Corbridge (1998a, p. 139) quien haya reaccionado con más agudeza a lo que consideraba como una caricatura del desarrollo llevada a cabo por los posdesarrollistas: “el desarrollo no viene en un solo tamaño y en una sola forma, o con un capital avasallador. Los trucos, giros y dilemas del desarrollo, y de la teoría del desarrollo, son mucho más complicados que lo que el posdesarrollo admite”. Esto llevó a Nederveen Pieterse (2000) a escribir irónicamente que los autores posdesarrollistas acaban su discurso sin mostrar evidencias de ir más lejos de aquello que cuestionan. Es en este intersticio donde una ética del desarrollo seguiría teniendo vigencia.

La presente obra que se somete a la consideración de los lectores, sin embargo, no lleva como título “ética del desarrollo” sino “ética del posdesarrollo”, porque acepta dialogar tanto con la crítica radical del desarrollo llevada a cabo por el pensamiento posdesarrollista, como con las paradojas teórico-prácticas que sus reflexiones instauran. La tarea de una acción política en búsqueda de una sociedad más justa y solidaria a escala planetaria tendrá que ir, ciertamente, más allá de toda *esencialización epistémica* que imposibilite rejuegos para crear un mundo en que podamos habitar en paz y expansivamente, cuidando el equilibrio del planeta (Shiva, 2006). No obstante, si bien es verdad que no basta con criticar la esencialización de las teorías del desarrollo como hacen los posdesarrollistas, igualmente peligrosas pueden ser las críticas que se contentan con destruir las esencializaciones del pensamiento posdesarrollista y dejarnos varados en el mundo realista de lo posible, en *un mundo que no tiene ningún objeto* (Fischbach, 2009). En otras palabras, las *críticas del posdesarrollo* (tanto en sentido genitivo subjetivo como en sentido genitivo objetivo) pueden constituir un buen punto de partida para reflexionar sobre las tareas pendientes que tenemos como sociedad planetaria.